

Michelle Paver

# El Devorador de Almas

Crónicas de la Prehistoria III



salamandra

Traducido del inglés por  
Patricia Antón de Vez

Título original: *Soul Eater*

Ilustración de la cubierta: John Fordham  
Ilustraciones del interior: Geoff Taylor

Copyright © Michelle Paver, 2006

*Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2006 por Orion Children's Books,  
una división de Orion Publishing Group Ltd. Orion House,  
5 Upper St. Martin's Lane, Londres WC2H 9EA*

*Quedan reconocidos los derechos de Michelle Paver como autora de esta obra  
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2007*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-087-3  
Depósito legal: NA-482-2007

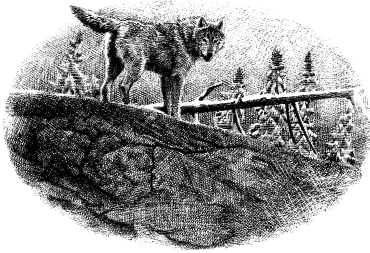
1ª edición, marzo de 2007  
*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:  
RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

# El Devorador de Almas



# 1



Torak deseó que no fuera un presagio.

Deseó que no fuera más que una pluma de búho sobre la nieve. Y decidió ignorarla. Ése fue su primer error.

Volvió con sigilo sobre las huellas que llevaba siguiendo desde el amanecer. Parecían recientes. Se quitó el mitón y las palpó. No había hielo en el fondo. Sí, sin duda eran recientes.

Tras volverse hacia Renn, por encima de él en la colina, se dio unos golpecitos en la manga y levantó el índice; luego señaló hacia el bosque de hayas: «Un reno. Se dirige hacia el sur.»

Renn asintió con la cabeza, sacó una flecha del carcaj y la colocó en el arco. Al igual que Torak, costaba distinguirla con el jubón, las calzas de piel de reno y la cara cubierta de ceniza para enmascarar su olor. Al igual que él, estaba hambrienta, pues no probaba bocado desde el pedazo de carne seca de jabalí del mediodía. Pero, al contrario que él, no había visto la pluma de búho.

«Bueno, pues no se lo digas», pensó Torak. Ése fue su segundo error.

Unos pasos por debajo de él, Lobo olisqueaba una zona del terreno donde el reno había raspado la nieve para acceder al líquen. Tenía las orejas levantadas y el pelaje plateado erizado por la excitación. Si había captado la inquietud de Torak, no daba muestras de ello. Olisqueó otra vez y luego

alzó el hocico para olfatear la brisa cargada de aromas, los ojos ambarinos clavados en los de Torak. «Huele mal.»

Torak ladeó la cabeza. «¿Qué quieres decir?», preguntó en la lengua de los lobos.

Lobo meneó los bigotes. «Hocico malo.»

Torak se acercó para examinar lo que había encontrado y vio una gota de pus amarillo sobre la tierra desnuda. Lobo le estaba diciendo que se trataba de un reno viejo, que tenía los dientes podridos tras muchos inviernos de mascar liquen arenoso.

El muchacho arrugó la nariz en una leve sonrisa lobuna. «Gracias, hermano de camada.» Echó un vistazo a Renn y luego se dirigió colina abajo tan sigilosamente como le permitían las botas de piel de castor, no lo suficiente a juicio de Lobo, que movió una oreja en señal de reproche mientras avanzaba por la nieve silencioso como el humo.

Se internaron con sigilo en un bosque de árboles dormidos. Robles negros y hayas plateadas relucientes de escarcha. Aquí y allá, Torak veía el fulgor carmesí de las bayas de acebo; el verde intenso de un abeto alerta que montaba guardia ante sus hermanos adormecidos. El Bosque se hallaba sumido en el silencio. Los ríos se habían helado. La mayoría de los pájaros había volado hacia el sur.

«Excepto ese búho», se dijo Torak.

Había sabido que se trataba de una pluma de búho en cuanto había visto la afelpada parte superior, que amortiguaba el sonido del aleteo cuando el búho cazaba. De haber sido del gris oscuro de un búho de bosque no habría tenido de qué preocuparse; sencillamente se la habría dado a Renn, que las utilizaba para empendolar sus flechas. Pero esa pluma en concreto tenía franjas negras y de un pardo rojizo, de sombra y llama. Eso revelaba que pertenecía al mayor y más feroz de los búhos: el búho real. Y desde luego no presagiaba nada bueno.

Lobo meneó su negro hocico. Torak se puso alerta al instante.

Descubrió al reno a través de los árboles, mordisqueando barba del monte. Oyó el crujir de sus pezuñas y vio su nebuloso aliento. Por suerte se hallaban aún a favor del viento. Se olvidó de la pluma y pensó en carne jugosa y rica grasa de tuétano.

A sus espaldas, oyó crujir débilmente el arco de Renn al tensarse. Colocó una flecha en el suyo y entonces se dio cuenta de que estaba justo en medio. De inmediato se dejó caer sobre una rodilla para que Renn disparara, pues era mejor tiradora. En ese momento el animal se situó detrás de un haya. Tendrían que esperar.

Entretanto, Torak se fijó en un abeto rojo, a cinco pasos por debajo de él. Sus delgados brazos cargados de nieve parecían advertirle que retrocediera. Aferrando el arco, clavó la mirada en la presa. De pronto, una ráfaga de viento agitó las hayas, y las hojas del verano anterior crujieron como manos secas y muertas. Torak tragó saliva. Tenía la sensación de que el Bosque trataba de decirle algo.

Encima de él, una rama se movió y cayó un montón de nieve. Torak alzó la vista. El corazón le dio un vuelco. Un búho real, de orejas con penacho tan afiladas como puntas de lanza, lo observaba con sus enormes ojos naranjas como soles gemelos.

Torak lanzó un alarido y se incorporó de un salto.

Espantado, el reno salió huyendo y Lobo se lanzó en su persecución. La flecha de Renn pasó silbando junto a la capucha de Torak. El búho real desplegó las enormes alas y se alejó con vuelo silencioso.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Renn, furiosa—. ¿Por qué te has puesto de pie de esa manera? ¡Podría haberte matado!

Torak no contestó. Observaba el búho real remontar el vuelo en el cielo azul de mediodía. Confuso, recordó que los búhos reales eran cazadores nocturnos.

En aquel momento Lobo apareció dando brincos entre los árboles y resbaló hasta detenerse junto a Torak, sacudiéndose la nieve y meneando la cola. No esperaba alcanzar al reno, pero había disfrutado con la persecución.

Al captar la inquietud de Torak, se frotó contra él. El muchacho se arrodilló y hundió la cara en su profundo y áspero pescuezo, aspirando su familiar olor a hierba dulce.

—¿Qué pasa? —inquirió Renn.

Torak levantó la cabeza.

—Ha sido ese búho.

—¿Qué búho?

Torak parpadeó.

—Tienes que haberlo visto. El búho real... ¡Ha pasado tan cerca que podría haberlo tocado!

Para asombro de Renn, el muchacho corrió colina arriba y encontró la pluma.

—Mira —jadeó, mostrándosela.

Lobo bajó las orejas y gruñó.

Renn se llevó una mano a las plumas de la criatura de su clan.

—¿Qué significa? —preguntó Torak.

—No lo sé, pero es algo maligno. Deberíamos volver. Fin-Kedinn sabrá qué hacer... —Observó la pluma—. Déjala ahí.

Cuando la arrojó a la nieve, Torak deseó no haberla tocado con la mano desnuda. Un fino polvo gris le cubría la palma. Se la frotó contra el jubón, pero le quedó un tufillo a podredumbre que le recordó a los osarios de los Cuervos.

Lobo profirió un gruñido y levantó las orejas.

—¿Qué ha oído? —preguntó Renn. No hablaba la lengua de los lobos, pero conocía a Lobo.

Torak puso ceño.

—No lo sé. —Lobo tenía la cola erguida, pero no le daba ninguna de las señales de presa que el chico reconocía.

«Presa extraña», le dijo finalmente, y Torak percibió que el animal también estaba desconcertado.

Una sensación de peligro se apoderó de Torak, que soltó una apremiante advertencia: «¡No te acerques!» Pero Lobo ya había partido y ascendía por el valle con su trote incansable.

—¡No! —exclamó Torak, trastabillando en pos de él.

—¿Qué pasa? —gritó Renn—. ¿Qué te ha dicho?

—«Presa extraña» —respondió Torak.

Alarmado, observó a Lobo alcanzar la cresta y volverse para mirarlos. Su aspecto era magnífico: el grueso pelaje invernal era una rica mezcla de gris, negro y rojo zorruno, y llevaba la espesa cola bien erguida por la emoción de la caza. «¡Sígueme, hermano de camada! ¡Presa extraña!»

Entonces desapareció.

Lo siguieron tan rápido como pudieron, pero iban cargados con fardos y sacos para dormir. Además, en aquella zona la nieve era profunda y tenían que utilizar raquetas, lo que dificultaba su marcha. Cuando llegaron a la cima de la colina, no había rastro de Lobo.



—Estará esperándonos —dijo Renn para tranquilizar a Torak. Señaló un grupo de álamos temblones—. En cuanto lleguemos ahí, seguro que aparecerá de un salto.

Eso serenó un poco a Torak. De hecho, el día anterior Lobo se había escondido tras un matorral de enebro, para luego aparecer brincando y derribarlo sobre un montón de nieve, gruñendo y jugando a morderlo mientras su amigo no paraba de reír.

Llegaron a los álamos, pero Lobo no apareció.

Torak profirió dos breves ladridos: «¿Dónde estás?»

No hubo respuesta.

Sin embargo, sus huellas se distinguían con claridad. Aquél era un territorio de caza compartido por varios clanes y todos utilizaban perros, pero era imposible confundir las huellas de Lobo con las de un perro. Un perro corre de forma irregular, pues sabe que su dueño lo alimenta, mientras que un lobo corre con un solo propósito: debe encontrar presas o morirá de hambre. Y aunque Lobo llevaba con Torak y el Clan del Cuervo las últimas siete lunas, su joven amigo nunca le había dado comida, pues temía mermar con ello su destreza como cazador.

La tarde avanzaba y ellos seguían tras el rastro de Lobo: un trote largo en línea recta, las patas traseras incidiendo en las huellas de las delanteras. El crujir de las raquetas y el áspero sonido de sus alientos era lo único que resonaba en el Bosque.

—Estamos alejándonos mucho hacia el norte —advirtió Renn. Se hallaban más o menos a un día de camino del campamento de los Cuervos, que quedaba hacia el suroeste, junto a Río Ancho.

Torak volvió a ladrar. «¿Dónde estás?»

De la rama de un árbol cayó un montón de nieve sobre su capucha. Después el silencio pareció hacerse aún más profundo que antes.

Torak vio palidecer el brillo de un racimo de bayas de acebo y supo que el día comenzaba a declinar. El resplandor se desvanecía en el cielo y las sombras avanzaban a hurtadillas desde el sotobosque. Un escalofrío le recorrió el pecho, consciente de que el descenso hacia la oscuridad se había iniciado.

Los clanes lo llaman el tiempo de los demonios, pues es en invierno, mientras el Gran Uro cabalga en lo más alto entre las estrellas, cuando los demonios huyen del Otro Mundo y revolotean por el Bosque provocando confusión y desasosiego. Sólo hace falta uno para causar estragos en un valle entero; y aunque los hechiceros se mantienen alerta, no pueden atraparlos a todos. Los demonios son difíciles de ver. Apenas es posible vislumbrarlos y tampoco se sabe con certeza qué aspecto tienen, puesto que cambian (algunos se introducen por la boca de los durmientes para poseer su cuerpo; una vez allí, se agazapan en la roja oscuridad para succionarles el coraje y la confianza, dejando las semillas de la malicia y el conflicto).

Fue en aquel momento, en el tiempo de los demonios, cuando Torak supo que los malos augurios se habían hecho realidad. Lobo no había aullado una respuesta porque sencillamente no podía hacerlo. Le había ocurrido algo.

Visiones de pesadilla parpadearon en la mente de Torak. ¿Y si Lobo había tratado de abatir un uro o un alce por sí solo? No tenía más que veinte lunas. La coza de un animal tan imponente como éstos podía matar a un lobo joven e imprudente.

Quizá había caído en una trampa. Torak le había enseñado a evitarlas, pero tal vez se había descuidado. En ese caso estaría atrapado, incapaz de aullar con el lazo apretándole el cuello.

Los árboles crujieron, liberando más nieve de sus ramas. Torak se llevó las manos a los labios y aulló: «¿Dónde estás?»

No hubo respuesta.

Renn le sonrió para animarlo, pero en sus ojos oscuros Torak vio reflejada su propia ansiedad.

—El sol está descendiendo —susurró la muchacha.

Torak tragó saliva.

—Dentro de un rato saldrá la luna. Habrá luz suficiente para seguir el rastro.

La chica asintió con expresión dubitativa.

Habían recorrido unos cuantos pasos más cuando se desvió hacia un lado.

—¡Torak! ¡Aquí!

Quienquiera que hubiera atrapado a Lobo lo había hecho con la más simple de las trampas. Había cavado una fosa para luego tatarla con una fina capa de ramas cubiertas de nieve.

Eso no lo habría retenido mucho tiempo, pero en la nieve revuelta en torno a la fosa Torak encontró tiras de pellejo sin curtir trenzado.

—Una red —dijo, incrédulo—. Llevaban una red.

—Pero en la fosa no hay estacas —observó Renn—. Debían de quererlo vivo.

«Esto es una pesadilla —pensó Torak—. Voy a despertar y Lobo saldrá brincando entre los árboles.»

Fue entonces cuando vio la sangre. Una salpicadura increíblemente roja en la nieve.

—A lo mejor los ha mordido —musitó Renn—. Espero que lo haya hecho. ¡Espero que les haya arrancado las manos a mordiscos!

Con dedos temblorosos, Torak recogió un mechón de pelaje sanguinolento. Se obligó a interpretar lo que revelaba la nieve.

Lobo se había acercado a la trampa con cautela, pues sus huellas indicaban que había cambiado de un trote largo a un paso sereno. Pero se había acercado de todas formas.

«Oh, Lobo —se lamentó en silencio Torak—, ¿por qué no fuiste más precavido?» Se le ocurrió entonces que quizá su amistad con Lobo lo había vuelto más confiado con la gente. Quizá él tenía la culpa de lo ocurrido.

Miró fijamente el rastro de pisadas que llevaba hacia el norte. Se estaba formando hielo en las huellas. Los captores de Lobo le llevaban ventaja.

—¿Cuántos juegos de huellas hay? —preguntó Renn quedándose atrás, pues Torak era mejor rastreador.

—Dos. Huellas de hombre, y las más grandes son más profundas. O sea, que ése llevaba a Lobo. Pero ¿por qué iban a llevárselo? Nadie osaría hacerle daño. —Una ley estricta de los clanes prohibía infligir daño a ningún cazador del Bosque.

—Torak —llamó Renn, agachándose tras un matorral de enebro—. Se escondieron aquí. Pero no consigo ver...

—¡No te muevas!

—¿Qué?

—¡Ahí, junto a tu bota!

Renn se quedó inmóvil.

—¿Qué... qué ha podido dejar algo así?

Torak se agachó para examinarlo.

Su padre le había enseñado a rastrear y creía conocer las huellas de todas las criaturas del Bosque, pero éstas eran las más extrañas que había visto nunca. Muy ligeras y pequeñas, como de pájaro, sólo que no lo eran. Las traseras parecían hechas por minúsculas manos de cinco garras, mientras que las delanteras no eran más que dos agujeros, como si la criatura caminase sobre muñones.

—Presa extraña —musitó Torak.

Renn lo miró a los ojos.

—Carnada. La han utilizado de carnada.

Torak se incorporó.

—Se dirigen hacia el norte, atravesando el valle Palo de Hacha. ¿Adónde pueden haber ido desde allí?

—¡A cualquier parte! —exclamó Renn con ademán exasperado—. Pueden dirigirse al este, hacia el lago Cabeza de Hacha, y continuar hasta las Montañas Altas. O pueden ir al sur, hacia el Bosque Profundo; o al oeste. Sí, a estas horas pueden hallarse a medio camino del Mar...

Se acercaban voces.

Se apresuraron a ocultarse detrás de los enebros. Renn preparó el arco y Torak sacó el hacha de basalto del cinturón.

Fueran quienes fuesen, no se molestaban en avanzar con sigilo. Torak vio a un hombre y una mujer, seguidos por un perro grande que arrastraba un trineo cargado con un corzo muerto. Un niño de unos ocho veranos avanzaba con entusiasmo hundiéndose en la nieve, y tras él iba un perro más joven con unas alforjas de piel de ciervo sujetas bajo el cuerpo.

El perro joven captó el olor de Lobo en Torak, soltó un gáñido de terror y corrió hacia el niño, que se detuvo. Torak distinguió el tatuaje de clan entre las cejas: tres finos óvalos negros, cual ceño permanentemente fruncido.

Renn respiró aliviada.

—¡Son del Clan del Sauce! ¡A lo mejor han visto algo!

—¡No! —Torak la retuvo—. ¡No sabemos si podemos confiar en ellos!

Renn se quedó mirándolo.

—¡Torak, son Sauces! ¡Claro que podemos!

Antes de que pudiese detenerla, Renn echó a correr hacia ellos, llevándose los puños al corazón en señal de amistad.

La vieron y sonrieron. Regresaban a su clan en el oeste, explicó la mujer. Las inconfundibles cicatrices en la cara, como cancro en la corteza de un árbol, indicaban que era una superviviente de la enfermedad del verano anterior.

—¿Os habéis encontrado con alguien? —preguntó Renn—. Estamos buscando a...

—¿Estamos? —inquirió el hombre.

Torak se incorporó.

—Venís del norte. ¿Habéis visto a alguien?

La mirada del hombre se dirigió rápidamente al tatuaje de clan de Torak, y arqueó las cejas.

—Últimamente no solemos ver gente del Clan del Lobo. —Se dirigió a Renn—. Eres joven para estar cazando tan lejos de tu campamento.

Renn torció el gesto.

—Los dos tenemos trece veranos. Y contamos con el permiso del líder para...

—¿Habéis visto a alguien? —insistió Torak.

—Yo sí —repuso el niño.

—¿A quién? —preguntó Torak con ansiedad—. ¿De quién se trataba?

El niño retrocedió, asustado por el apremio de la pregunta.

—Iba... iba en busca de Tortuga. —Señaló a su perro, que meneó ligeramente la cola—. Le gusta perseguir ardillas, pero se pierde. Entonces los vi. Llevaban una red con algo que se movía mucho.

«O sea que aún está vivo», se dijo Torak. Había apretado tan fuerte los puños que las uñas se le hincaban en las palmas.

—¿Qué aspecto tenían? —intervino Renn.

El niño estiró un brazo sobre la cabeza.

—Un hombre enorme. Y otro, grande también, con las piernas muy arqueadas.

—¿Y los tatuajes de clan? —preguntó Torak—. ¿Los pellejos de sus criaturas de clan? ¡Lo que sea!

El niño tragó saliva.

—Llevaban las capuchas levantadas. No les vi la cara.

Torak se volvió hacia el hombre del Clan del Sauce.

—¿Puedes llevarle un mensaje a Fin-Kedinn?

—Sea lo que sea —repuso el hombre—, deberías decírselo tú mismo. El líder de los Cuervos es sabio, sabrá qué hacer.

—No hay tiempo —concluyó Torak—. Dile que alguien se ha llevado a Lobo. Dile que vamos en su busca.